

# ¿Hay que trabajar más?

RAMÓN JAUREGUI ATONDO

En su reciente visita a la cúpula empresarial, el presidente del Gobierno tranquilizó a la CEOE: "No habrá semana de 35 horas, en España hay que trabajar más". Ignoro si el presidente se expresó así en una reunión privada, pero ése fue el titular de un periódico que me impulsó a escribir sobre un tema que me parece vital, y nunca mejor dicho, porque hablamos del tiempo de vivir.

Ha sido una constante de la historia que los avances tecnológicos producían una reducción progresiva de la jornada laboral. Cuando, a finales del siglo XVIII, apareció la máquina de vapor, que había desarrollado el ingeniero escocés James Watt, la jornada laboral bajó hasta las 80 horas semanales, unas 3.500 horas anuales, cerca de un 70% del tiempo total de una vida. Dos siglos después, a comienzos de los noventa del siglo XX, las horas anuales trabajadas se situaban entre las 1.600 y las 1.800 en Europa.

Pero no han sido sólo los avances tecnológicos los que han determinado esta reducción. La reivindicación sindical para reducir la jornada laboral y liberar así más tiempo para el descanso, la familia, el ocio, la cultura, la formación, es decir, para la vida, está en el corazón mismo de la lucha del movimiento obrero desde finales del siglo XIX. La vieja reivindicación obrera de una jornada laboral de ocho horas, para tener otras ocho de descanso y otras ocho de vida, se convirtió en una bandera social internacional a raíz de la represión policial de Chicago que conmemoramos todavía en la fiesta del Primero de Mayo.

De manera que la máquina de vapor, el motor eléctrico, el fordismo como técnica de producción, y otros muchísimos avances técnicos que a lo largo de estos dos últimos siglos hemos ido incorporando a nuestro acervo tecnológico, han permitido atender y hacer viable la demanda socio-laboral de una progresiva reducción de la jornada y de la vida laboral en general, hasta llegar a una cifra aproximada del 30% de trabajo a lo largo de la vida en la sociedad industrial de la segunda mitad del siglo XX.

Desde hace algo más de diez años, está teniendo lugar un importantísimo debate sobre la jor-

nada laboral. La crisis económica del 93-94 produjo una destrucción enorme de empleo (en España, por ejemplo, 1,5 millones de empleos desaparecidos en menos de dos años) y un notable incremento del paro (superando el 10% en Europa y el 20% en España). En ese contexto, la reducción de la jornada fue vista como una fórmula de reducir el paro. Bajo el influjo de aquel viejo y bello eslogan "Trabajar menos para trabajar todos", muchos creímos que en la reducción general de la jornada se escondía una pócima maravillosa contra el paro. En aquellos años, siendo consejero de Trabajo del Gobierno vasco, puse en marcha un decreto con ocho medidas de esta naturaleza, cuyos resultados, debo reconocer, no fueron extraordinarios.

Pero esta filosofía la aplicó legal y masivamente Francia a los pocos años, cuando *madame Aubry*, ministra socialista del país vecino, puso en marcha la Ley de

las 35 horas, en cumplimiento de una de las medidas estrella del programa electoral de la izquierda plural (socialistas, comunistas y verdes), que venció en las elecciones francesas de 1998. Los resultados de esta ley son objeto, todavía hoy, de una fuerte controversia. Su aplicación, sólo en las grandes empresas, ha producido una verdadera ingeniería social sobre la organización del trabajo y ha incorporado a las empresas a la cultura laboral de la jornada reducida (35 horas a la semana y 1.600 horas al año). Las cifras de creación de empleo neto son discutibles, porque muchos de los casi 500.000 nuevos empleos que los socialistas franceses atribuyen a la ley son cuestionados por otras fuentes y, en cualquier caso, la aplicación de la ley obligó a fuertes desembolsos públicos para compensar a las empresas. Pero el Gobierno de derechas de Francia anuló la medida, sin atreverse a derogar la ley, por el proce-

dimiento de aumentar, de hecho, la jornada, autorizando las horas extra sin recargo económico.

¿Ha fracasado la experiencia francesa? Desde luego, su desarrollo ha sido literalmente yugulado. Ningún otro país parece decidido a iniciar una experiencia semejante y, por el contrario, la globalización está impulsando la prolongación y el aumento de las jornadas laborales. La reducción de jornada como fórmula de lucha contra el paro ha quedado fuera de juego, incapaz de ofrecer resultados si su implantación se propone aisladamente, en países o zonas concretas y si se hace sin tener en cuenta su repercusión en los costes de competitividad internacional. Dicho de otro modo, los teóricos franceses que han defendido esta fórmula —Guy Aznar, Alain Caillé, Robin, Roger Sue y otros— siempre han exigido que la reducción de jornada debía de ser masiva, generalizada y sin afectar a la competitividad,

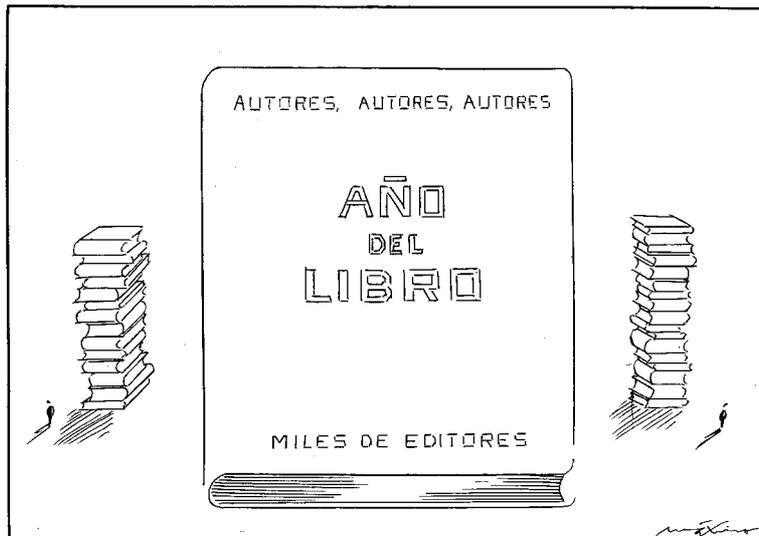
es decir, con reducciones de salario y fuertes compensaciones económicas al empleo creado. La reducción de jornada compensada sólo, en términos de costes, con los incrementos de productividad no genera empleo.

Pero esta clarificación no explica otra paradoja que estamos sufriendo. Efectivamente, contra el sentido histórico de los avances tecnológicos, la revolución científico-técnica de finales del siglo XX, la combinación de la microelectrónica, la informática, las telecomunicaciones y la biogenética, siendo, como es, la más importante revolución tecnológica de la humanidad y produciendo notables incrementos de productividad, no está reduciendo la jornada laboral, como ha ocurrido en otros momentos de la historia, sino que, por el contrario, unida a la globalización y a la competencia internacional, está generando un incremento general de la jornada laboral real en todo el mundo.

Armando Gaspar, dirigente de Daimler-Chrysler en España, declaraba recientemente: "La tendencia es volver a 40 o más horas de jornada". Los sindicatos españoles y alemanes negociaban más jornada y más flexibilidad laboral, como contrapartida a las deslocalizaciones. *The New York Times* denunciaba que el sector tecnológico de Silicon Valley se ha convertido, de paraíso, en un infierno laboral. Muchas empresas compensan a sus empleados sus largas jornadas laborales con cafeterías, gimnasios y juegos de ocio en las oficinas, aunque los críticos creen que se trata de un engaño para trabajar más sin cobrar horas extra. No hay que irse tan lejos para comprobarlo. En miles de empresas españolas, auditoras, bancos, pequeñas empresas de servicios de las capitales, se trabajan 10 o 12 horas diarias con toda normalidad y a nadie se le ocurre reclamar su pago. Es más, curiosamente, la tecnología no nos libera, sino que nos esclaviza al trabajo. Más de la mitad de los empleados se quejan de que el teléfono no tiene horarios y que la dependencia laboral se prolonga al domicilio y a los fines de semana, con el ordenador, la agenda electrónica y el móvil como instrumentos o herramientas de trabajo permanente.

Pasa a la página siguiente

## MÁXIMO



## CARTAS

### AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 30 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicar tales colaboraciones, así como de resumirlas o extractarlas. No se devolverán los originales no solicitados, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico: [CartasDirector@elpais.es](mailto:CartasDirector@elpais.es). Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: [www.elpais.es](http://www.elpais.es)

### Otro problema de la educación en España

La arqueología se convirtió en mi gran pasión cuando era muy pequeño, al cumplir 19 años decidí marcharme a Inglaterra para realizar una carrera que no existía en España. Tras muchos años

de esfuerzo combinando mis estudios con trabajo en múltiples bares, supermercados y librerías de la ciudad de Londres (puesto que yo no pertenecía a la clase privilegiada) decidí regresar a España con un diploma superior debajo del brazo y la esperanza de poder utilizar los conocimientos en mi propio país.

Siendo parte de Europa, pensé erróneamente que mis estudios podrían ser convalidados sin problema. Cuál sería mi sorpresa y decepción cuando me informaron en el Ministerio de Educación y Ciencia que los trámites de homologación podían durar más de dos años. Esto ocurrió en el 2002. Dos años y medio más tarde y sin posibilidad de ejercer mi carrera dedicándome simplemente a sobrevivir y a morirme de hastío recibí la tan esperada respuesta del ministerio: "Su homologación, señor Alvarez Mon, ha sido denegada". Inmediatamente al ver que todos mis años de esfuerzo y dedicación no servirían para nada, ape-

lé la decisión del ministerio que seis meses más tarde contestaron diciéndome que en España sigue sin existir la licenciatura de arqueología y que no podían aceptar mis estudios.

Siendo España, al menos teóricamente, parte de Europa es una tragedia a estas alturas que el proteccionismo académico, una secuela más de un sistema dictatorial, siga controlando las riendas de la educación superior española.

Esto es aún más grave cuando sé que dos colegas míos que realizaron los mismos estudios superiores que yo en Inglaterra, un griego y el otro alemán, consiguieron la homologación de sus títulos en sus países respectivos en cuestión de tres semanas en Alemania y de un año en Grecia.

Viendo, pues, cómo siguen las cosas no es de extrañar que miles de españoles graduados con especializaciones inexistentes en España acaben quedándose en el extranjero o que otros como yo piensen en marcharse

de un país con un sistema académico sin futuro porque no supera el pasado.— **David Alvarez Mon.** Barcelona.

### Culto a la velocidad

Cada fin de semana los medios de comunicación dan el mismo balance negro de muertes por accidente de tráfico. Jóvenes y no tan jóvenes dejan su vida, sus ilusiones y sus esperanzas en el asfalto por imprudencia propia o ajena. Accidentes que arruinan la vida de familias enteras, de madres, padres, hermanos e hijos que quedan huérfanos para siempre. Es una auténtica tragedia, principal causa de muerte entre los 20 y 35 años.

Sin duda, son útiles todas las campañas que ayuden a concienciar a los conductores de la responsabilidad que supone llevar un vehículo. También es positivo el incremento de los controles de alcoholemia y el futuro carné por puntos que quiere implantar

el Gobierno el año que viene, pero quizás sería necesario algo más. En la mayoría de accidentes, el factor crucial es el exceso de velocidad y aquí es donde se debería actuar.

Vivimos en una sociedad frenética donde todos tenemos prisa por ir de un lado a otro. Habitamos en una cultura de la rapidez, donde hemos convertido la velocidad en un valor social y eso se nota a la hora de conducir. Los jóvenes que cumplen los 18 sólo esperan a sacarse el carné y comprarse el vehículo que más caballos y potencia tenga, porque el coche se ha convertido en un símbolo de estatus social.

Para que se reduzcan drásticamente los accidentes hace falta que las marcas de coches no los hagan tan veloces. ¿Qué sentido tiene construir vehículos que pueden llegar a 200 por hora si el máximo permitido es de 120? No es lógico. Es una hipocresía, y mientras se mantenga esta hipocresía del culto a la velocidad,

Pasa a la página siguiente

¿Cómo hablaré de algo que desconozco? El éxito era, únicamente para mí, escribir bien y ser reconocido por ello. Pero un poeta amigo a quien admiro por su espiritualidad y el alejamiento mundanal confiesa estar muy contento con su último poemario porque se ha vendido muy bien y está en la lista de los libros más vendidos de varios suplementos literarios. No porque sea tan bueno como los anteriores y renueve el reconocimiento a su magnífico estilo, sino, simplemente, porque ha tenido más compradores. Pero ¿son los compradores lo mismo que los lectores? No me gusta esta idea terrible de la literatura como algo "democrático", es decir, la equiparación del comprador con el votante y, por lo tanto, quien más ejemplares vende más votos obtiene y es el elegido. La literatura, a lo largo de la historia, se ha hecho de manera "antidemocrática". No había falta de vender mucho, ni siquiera hacía falta un reconocimiento inmediato. El éxito era algo raro y escaso. ¿Sobrevivirán quienes hoy lo disfrutan? El poeta luso Fernando Pessoa, carcomido por semejantes pensamientos, comentó: "Lo importante es tener éxito, no tener condiciones para el éxito". ¿Cuántos —incluso el mismo autor del *Libro del desasosiego*— han tenido condiciones para el éxito y no lo alcanzarán jamás? Él lo alcanzó varias décadas después de muerto, pero eso ya no era éxito sino el reconocimiento de lo que no puede disfrutar el beneficiado, pues para tener éxito hay que estar vivo y saberlo, vivirlo y administrarlo, cultivarlo o dilapidarlo.

Hay un cuento del novelista norteamericano Mark Twain que, lejos de ser divertido, es aterrador. Ejemplifica muy a las claras cuanto estoy diciendo.

Viene de la **página anterior**

Nuestra vida laboral empieza a parecerse a la imagen mitológica de los dioses Cronos / Saturno devorando a sus hijos, que tan acertadamente recogiera el genial Goya de su última época. A tan grave diagnóstico se llega si tenemos en cuenta el otro gran fenómeno social de los últimos años: la incorporación masiva de la mujer al empleo formal. Es decir, al empleo fuera del propio hogar, lo que provoca un desajuste social, cada vez más patente, entre familia y trabajo; entre educación de los niños y trabajo; entre trabajo y vida. Una vida estresante, fuertemente competitiva, invadida por las exigencias del mercado y de la competitividad y en las grandes capitales, agobia-

## Tener éxito y vender libros

CÉSAR ANTONIO MOLINA

Un gran soldado, el capitán Stormfield, habiendo muerto heroicamente, sube al cielo y pide conocer al más importante genio militar de todos los tiempos. Quizás pensó que, ante él, aparecerían Alejandro, Julio César o Napoleón Bonaparte, pero no fue así. Le presentaron a un sastrero del condado de Sussex. El capitán quedó estupefacto e inquirió a sus interlocutores por las hazañas que había llevado a cabo semejante personaje para eclipsar las de tantos otros generales famosos de la historia antigua y moderna. Alguien le respondió que era el mayor genio militar del mundo, pero jamás nadie se había dado cuenta de ello "pues, habiendo nacido en hora inadecuada, no tuvo ocasión de demostrar sus incomparables cualidades bélicas". ¿Cuántos han nacido en hora inadecuada?

León Tolstói reflexionó sobre este asunto en los *Diarios*, escritos entre los años 1847 y 1894. Para el maestro de la narrativa rusa había dos tipos de felicidad: la de los hombres virtuosos y la de los hombres vanidosos. La primera tenía su origen en la virtud; la segunda, en el destino. ¿No pertenece el éxito a esta última? "La vanidad es una pasión incomprensible, uno de esos males parecidos a las epidemias con las que la providencia castiga a los hombres". El creador de *Guerra y paz* añade más adelante, en otra página de los *Diarios*: "Debo acostumbrarme a que nadie nunca me comprenderá. Éste es, segura-

mente, el destino común de la gente demasiado difícil". Al autor de *La sonata a Kreutzer* o *Resurrección* estoy convencido que le gustarían los siguientes versos de su contemporánea, del otro lado del mundo, la poeta norteamericana Emily Dickinson, cuando escribió: "Success is counted sweetest / by those who ne'er succeed..." ("El éxito resulta más dulce / para quienes nunca lo alcanzan..."). Kierkegaard comentó que "la desconfianza no cree en nada y se engaña por completo", y Mircea Eliade añade: "La desesperanza es la mayor dicha". El éxito es ser alguien, el fracaso es ser nadie o nada. Pero el fracaso es más que el no tener éxito. El fracaso es la otra cara activa del éxito, mientras que el no tenerlo es no ser nadie. "Tan frágil como la gloria es el rostro", dice William Shakespeare en su obra de teatro *Ricardo II*.

La gloria, el éxito, el fracaso o ninguno de estos amores imposibles: "Deja de hacer locuras, y lo que ves que se perdió, dalo por perdido". ¿Qué sabio era el romano Cátulo!, pero aún más mi maestro Michel de Montaigne, quien señaló al éxito como algo perjudicial para el pensador: "Cuan propicio para la sinceridad el que un escritor no tenga que vender libros, preocuparse por las críticas y mantener al público a favor de su imagen". ¿Quién procura el éxito? Los lectores, los compradores, los votantes, los autores contemporáneos, los críticos. El autor y la obra literaria avanzan, co-

mo en el poema de Alfred Tennyson, en medio de una batalla: "Cañones a su derecha, / cañones a su izquierda, / cañones frente a ellos / descargaron y tronaron; / embestidos por balas y obuses / cabalgando con bravura; en las fauces de la muerte...". El autor inglés tiene otro poema muy significativo titulado *Poetas y críticos*: "Al final se sabrá qué es verdadero: / pocos al principio verán tu sitio; / unos querrán que brilles bajo, / otros muy alto —no es culpa tuya—. / ¡Ve a lo tuyo y crea a tu gusto! / Un año va al talón de otro año, / más rara vez llega el poeta, / y más raro es el crítico". ¿Pero el éxito no iba sólo con el destino? "Preguntaban por mí los que nunca me buscaron, me encontraron los que no invocaban mi nombre" (Isaías). ¿El nombre del éxito o el del fracaso?

El éxito, como escribe Czesław Miłosz, es algo ilusorio porque ¿para qué le sirve a uno un nombre conocido si aquellas personas que lo pronuncian no saben muy bien por qué es famoso? Un día mandé a mis alumnos de periodismo bajo la estatueta de Miguel de Cervantes frente al Congreso de los Diputados. Interrogaron a un buen número de transeúntes sobre aquel monumento. Muchos no supieron decir de quién era, otros desconocían el resto de las obras del autor del *Quijote*, los más ignoraban que era manco. Incluso un señor de buena apariencia llegó a afirmar que el brazo se lo había cortado la

Inquisición por haber escrito el *Quijote*. No, no nos asombremos. El éxito sólo se mantiene vivo en el propio gremio, entre una minoría, y fluctúa siempre con el tiempo. No es un valor seguro ni permanente, sube y baja en la bolsa de los gustos y las consideraciones de cada época. "Con seguridad, el Premio Nobel da cierta fama, sin embargo, no se puede olvidar que las personas que saben por qué uno recibe este premio son sólo unas pocas, ya que el porcentaje de buenos lectores es muy pequeño, quizá un poco mayor o menor dependiendo del país", escribió el premio Nobel polaco. La verdadera gloria y fama literaria siempre es efímera y a título póstumo. Quien crea que la ha obtenido en vida se equivoca. Y el vender miles de libros, afortunadamente, tampoco es un salvoconducto para la inmortalidad. Una generación relea a la otra y, ya sin prejuicios, rescata u olvida, ratifica o sentencia negativamente. "No hay que elogiarse a sí mismo, aunque se tenga derecho. Porque la vanidad es cosa tan común, y el mérito, por el contrario, es cosa tan rara. No obstante, Bacon de Verulamio pudiera no estar del todo equivocado cuando pretende que el *semper aliquid haeret* (siempre queda algo) no es cierto solamente de la calumnia, sino también de la alabanza de sí mismo, y cuando la recomienda en dosis moderadas", escribe Schopenhauer.

El cínico filósofo francorrumano Emil Cioran nos previno a todos sus incondicionales lectores de que él, teniendo todos los defectos del mundo, "no tenía el deber de ser escritor". Afortunadamente, no hizo caso de sí mismo.

César Antonio Molina es director del Instituto Cervantes.

## ¿Hay que trabajar más?

da además por trayectos cotidianos de ida y vuelta al trabajo de más de 60 minutos de media.

Una joven madrileña escribía recientemente una carta al director de EL PAÍS, bajo el título *La jornada laboral de 35 horas no es rentable*, y se quejaba de las condiciones de trabajo y de vida de la gente de su edad (25 a 40 años). "Diez o 12 horas de trabajo diario y 50 a 55 semanales: llegar a casa, cenar, ver la *tele* una horita y a dormir. La mayoría preferiríamos tener más tiempo a tener más dinero".

En conclusión. La reducción de la jornada laboral no es una política de empleo, pero la prolongación de la jornada laboral es un contrasentido histórico y un gravísimo desajuste social. Dicho de otra manera, la expresión "hay que trabajar más" debemos aplicarla a que haya más trabajadores con empleo, es decir, a aumentar nuestra tasa de actividad. Pero, a comienzos del siglo XXI, no deberíamos trabajar más horas, sino menos, porque la productividad aumenta sin cesar y porque las familias y la organización social de nuestra convivencia reclaman más tiempo libre para lo que Ulrich Beck llama el "trabajo cívico". Es decir, la reducción de la jornada laboral como embrión de una

reordenación de nuestra vida personal y familiar y de una nueva concepción de nuestra responsabilidad con la comunidad y con la sociedad en la que vivimos.

Nuestra civilización nos ofrece la oportunidad de ahorrar tiempo de trabajo, pero el mercado y su mano de hierro, ese enorme motor de la economía, sin alma y sin ojos, nos impone una jornada laboral mayor y una vida laboral compulsiva y absurda. Los efectos que estamos observando en la actualidad son conocidos: crisis familiar, aceleración en los ritmos de la vida laboral con sus derivadas psíquicas y fisiológicas, disolución de los lazos sociales básicos y vaciamiento social y cultural. Por eso las preguntas surgen con fuerza: ¿có-

mo avanzamos hacia la reducción del trabajo que nos permite la tecnología? ¿Cómo organizamos el tiempo de esta nueva sociedad?

Es aquí donde volvemos a la política. A la política con mayúsculas. A la política de la utopía. Ni el robot ni el *chip* tienen por qué condenarnos al paro, a la desigualdad o a la insania del tiempo acelerado y en fuga. Nos están dando los medios para reequilibrar necesidad y libertad, para crear una utopía concreta y cotidiana que nos permita recuperar el tiempo que vivimos.

Ramón Jáuregui Atondo es portavoz del PSOE en la Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados.

## CARTAS

AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior**

recogeremos a los muertos de las cunetas cada fin de semana. Y algún día puede ser usted o yo.— Simón Vall-Ilosera. Santa Coloma de Farners, Girona.

### Libertad de conciencia

Ratzinger sucedió a Karol Wojtyła. Ahora le toca el turno a Josep Wiliam Levada, colaborador de Ratzinger, que le sucede

como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (en sus orígenes La Santa Inquisición).

Levada es arzobispo de San Francisco, conocida mundialmente como la capital *gay*, pero es un hombre de los más conservadores de la Iglesia de los EE UU, su oposición a los matrimonios homosexuales es conocida. Las primeras decisiones de este papado siguen la misma línea que el anterior. Nada ha cambiado. En España la Conferencia Episcopal se ha opuesto a los matrimonios homosexuales. En Italia están en contra de las técnicas de repro-

ducción. Además se reafirma a Juan Pablo II beatificándolo con carácter de urgencia.

Qué lejos quedan aquellas palabras del joven Ratzinger de 1968 en pleno Concilio Vaticano II que decía: "Aun por encima del Papa como expresión de lo vinculante de la autoridad eclesial se halla la 'propia conciencia', a la que hay que obedecer la primera, si fuera necesario incluso en contra de lo que diga la autoridad eclesial".

Éste tendría que ser el criterio de una Iglesia católica del siglo XXI.— Josep Robert Reig Miró. Barcelona.

### Humanidades

Me licencié en Humanidades por la Universidad de Alcalá en junio de 2000. Apenas dos años después, tras preparar unas oposiciones a profesor de Geografía e Historia —probablemente con más facilidad que los propios licenciados en esas dos carreras, dado lo interdisciplinar de mi licenciatura—, comencé a trabajar en institutos. No todos mis compañeros han seguido estos pasos: unos trabajan en cines, otros como administrativos, hay algún controlador aéreo, un técnico en televisión, editores y, seguro, algún parado.

Ahora, me appena leer en su pe-

riódico que mi licenciatura va a desaparecer por las escasas salidas profesionales que tiene. Algunos nos planteamos los años de estudios universitarios como un tiempo de formación personal, y no exclusivamente profesional; la Universidad no debería ser (sólo) una fábrica de obreros, sino de personas. Yo insisto a mis alumnos del instituto en que, si tienen una clara vocación laboral, estudien lo que en España existe para tal fin, ciclos formativos de Formación Profesional. La Universidad debería ser otra cosa, pero los políticos leen demasiados informes y demasiada poca poesía.— Carlos Mazario. Alcalá de Henares, Madrid.